

que se imaginaba se fue forjando desde dos extremos del continente, se fue *escribiendo* desde dos exilios encontrados. Nada como la distancia dolorosa, como el destierro espiritual, para reconocer nuestras más preciadas carencias.

XIII

El mejor estudio del castellano hablado en Venezuela —el extraordinario libro *Buenas y malas palabras* (1956)— fue escrito por un desterrado: don Ángel Rosenblat (1902-1984). Oriundo de Polonia, pudo cursar estudios filológicos en Berlín durante la década de los años 30 hasta que el régimen nazista lo expulsa. Entre Madrid y Buenos Aires estudia con Amado Alonso, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro; y en 1947 se residencia en Venezuela donde funda el Instituto de Filología «Andrés Bello» de la Universidad Central de Venezuela. Rosenblat nos revela como nadie el sentido, la gracia, el alma de las palabras habladas en Venezuela. Su mirada ajena, de visitante ilustrado, no sólo es de una cortesía extrema para con los lingüistas y estudiosos venezolanos de siglos pasados sino que compone una cartografía fresca, asequible, documentada, del origen y de la evolución de nuestros vocablos. De *coroto* a *guachimán*, de *guaya* a *musiú*, de *hayaca* a *íngrimo*, de *gandola* a *ñapa*, vamos reconociendo en nuestras variantes y trastrocamientos una manera de ver al mundo, una manera de asomarse a la vida con guiño, ingenio, perplejidad o asombro. Pero veamos la adaptación de un sustantivo anglosajón como *watchman* (vigilante) en un relato que se recoge en la Casigua de 1950. Un joven supervisor de obreros petroleros es asignado a una unidad exploradora en medio de la selva que bordea el Lago de Maracaibo. El joven viene con nuevas ideas y se enfrenta a un pelotón de cien hombres corpulentos y desalmados. La primera y única medida que el supervisor toma es pedirle al *guachimán* (*watchman*) nocturno que no permanezca fuera del galpón en el que todos duermen y que más bien comparta cama con el resto del tropel. No transcurre un minuto antes de que uno de los desalmados, dirigente sindical para más señas, le diga al supervisor que el *guachimán* es en verdad una presa: «Todavía hay muchos motilones por aquí y es preferible dejar al *guachimán* afuera... No vaya a ser que a los indios les dé por atacarnos esta noche y no tengan a quién flechar».

XIV

Una pieza de la agrupación británica de rock progresivo King Crimson define con sutileza, a la vez que penetración, el sentimiento único del exilio. Llamada precisamente *Exiles*, la pieza transcurre en una secuencia rítmica lenta, de baja modulación, en la que una voz ronca, doliente, se precipita entre los escombros sonoros del inicio y trata de imponer gradualmente una melodía luctuosa. Un violín acompaña ese empeño sordo y logra dilucidar, cuando desvaría hacia los tonos más agudos, las formas de la pieza. Hasta allí todo sería medianamente comprensible si el oyente no advirtiera la lenta irrupción de un solo de guitarra eléctrica que modula en el aire una escultura del dolor. El gemido sonoro viene y va, se enciende y apaga, duda de su propio rastro o apuesta, siente que no puede ser diáfano, intuye su propio desenlace en una vuelta al origen, suspende el orden sonoro que lo sostiene para sobreponer una intención mayúscula, medular, falsamente apaciguada. Quizás una frase de la pieza —«My trail was laid too slow behind me»— anunciaría apenas lo que el solo de guitarra se propone: confirmar que nuestras huellas son prefiguraciones de nuestros pasos, confirmar que el género humano —tal como la anuncia el villancico caraqueño— ha venido a tierra para padecer.

XV

La estructura del campamento o campo petrolero venezolano postulaba un destierro puertas adentro. Cerrados o diferenciados de cada entorno, ejercicios ciudadanos en medio de la aldea, el paisaje se hacía autosuficiente y la dinámica de vida autárquica. Se vivía entre cercas y muros y el mundo externo no importaba. Países portátiles dentro del país mayor, su abundancia o escasez se imponían conforme brotara o dejara de brotar el chorro petrolero. Las mentalidades que allí medraban desconocían o subestimaban al país real, apenas una intuición o una adivinanza. Se vivía en el destierro pero se creía que los desterrados eran los otros. Seguidor fiel del referente petrolero en la narrativa del siglo XX, el crítico venezolano Miguel Ángel Campos refiere un episodio de vida en el que pasaba horas y horas apostado a una cerca ciclón que le dejaba entrever los modos y maneras de ese mundo extraño, distinto, donde hombres, mujeres y niños llevaban una vida leve,

sonreían y se zambullían en una piscina. Cualquiera de los niños que, bajo la mirada atenta de ese otro niño que es Miguel Ángel, pasea en bicicleta, se calza unos patines, va al cine o derriba los pines de una bolera puede ser —¡oh desterrado mayor!— quien estas líneas escribe.

XVI

El régimen colonial venezolano preservaba las últimas supervivencias de la *limpieza de sangre* con que los Reyes Católicos pudieron expulsar a judíos y moros de suelo ibérico. Nacido en 1769 de Rosalía Rodríguez, quien se casó dos veces y enviudó, el niño Simón Narciso Jesús descubrió a temprana edad que su padre, Alejandro Carreño, era clérigo, músico y maestro de capilla de la Catedral de Caracas. El acta de bautismo del menor lo registra como «niño expósito». Todavía en 1790, en ocasión de realizarse un censo de pobladores en la parroquia de Altagracia, Simón figura como residente de la casa del clérigo Alejandro Carreño. En qué momento el joven Simón —a diferencia de su hermano, Cayetano Carreño, reconocido músico colonial— se desprende de su apellido paterno y se reserva sólo el materno, son indicios que se ignoran. Su vocación por la enseñanza es tempranera y a los veinte años ya lo vemos dirigiendo una de las tres escuelas de primeras letras que tenía Caracas. Apreciado y valorado por la comunidad de la pequeña ciudad, Rodríguez sabía, no obstante, que una serie de interdictos rodeaban su condición de expósito. El más fuerte entre ellos: la imposibilidad de cursar estudios universitarios. El primer escrito que se le atribuye a Simón Rodríguez —un informe presentado en 1794 sobre cómo mejorar la educación de primeras letras— es elevado a instancias de la Real Audiencia y, finalmente, desechado. Poco tiempo después, en 1797, abandona su país natal para nunca más volver. La condición de expósito ha debido marcar toda la vida de Simón Rodríguez. Sentir en carne propia, y desde temprana edad, las limitaciones de clase quizás explique desde los cambios de identidad hasta la más original de sus ideas. Si su origen fue consecuencia de una relación clandestina —la de una mujer viuda y su probable confesor—, su vida misma borra todos los registros de sus pasos. Si su desarrollo intelectual se vio truncado desde joven, su vocación libertaria pretendía abolir las diferencias y hacer entender que los *desclasados* eran los verdaderos ciudadanos de la República. Lo más admirable de este venerable maestro de Bolívar

y originalísimo pensador es que la huella o el dolor de la circunstancia privada se hayan convertido en el más extremo esfuerzo de redención pública. Si, como individuo, yo soy un *borrón*, sólo en la esfera de lo público podré recuperar la consideración y el amor de mis semejantes.

XVII

Un retrato en la noche, una imagen que aún reverbera: María Minerva arrinconada en algún lugar de la cocina para degustar con tranquilidad su cazuela de garbanzos. Puede ser en navidades, cuando se juntan las dos tradiciones culinarias y se hace indistinto saltar de las hayacas a las papas arrugadas o del dulce de lechoza al brazo gitano. La madre sirve con abundancia y vigila que hijos, nietos, yernos y nueras no dejen ni aceitunas ni alcaparras en el plato. Pero de las delicias de la mesa, de los manjares del conejo salmorejo o de las tentaciones del perrito, la madre se preserva. Prefiere ausentarse, irse a un recodo de la cocina y comer a solas, en silencio, mientras recupera sus pensamientos. Ese rito, esa parsimonia, es en verdad un recorrido. Mi madre sigue bajando por las peñas de La Polvasera, lentamente, y recurre a las figuras del destierro para sentirse más segura. La abundancia será de otros –se dice a sí misma mientras se lleva una cucharada de garbanzos a la boca–, de los ignorantes, pues sólo el destierro fija los caracteres.